

REVISTA DE REVISTAS

CRISIS DE LA EDUCACION EN ESTADOS UNIDOS, por Enrique Herrera Oria, S. J. — El progreso y la potencia norteamericana están a la vista de todo observador sereno. Por otra parte, sin un poderoso sistema educativo no se concibe el alza de un país, sobre todo en las proporciones alcanzadas por los Estados Unidos que hoy día constituyen la potencia rectora del mundo internacional. El culto profesor del gran Seminario de Montezuma, P. Pardivas, plantea el problema como nos la planteamos nosotros. (1).

Es indiscutible, afirma, que no existe en ninguna nación del mundo una organización educativa tan poderosa como la de Estados Unidos.

1702 Institutos de alta educación: universidades, escuelas normales, colegios preuniversitarios. En 1940 (Statistical Abstract Of the U. S. 1943) asistían a sus escuelas 26.293.224 alumnos de cinco a veinte años, es decir, varios millones más que la población total de México. 875.677 profesores estaban empleados en sus escuelas primarias y secundarias. El gasto por cada alumno durante el año había alcanzado un promedio de \$ 91.64; es decir, más de \$ 350 mexicanos. Cuenta con la más variada colección de escuelas del mundo incluso cursos para niños excepcionalmente dotados, delincuentes juveniles (142 escuelas), deficientes mentales (142 escuelas), epilépticos, etc. Los gastos totales alcanzan una cifra de mil millones de fondos públicos (Fortune, July, 1943, pág. 137).

Y, sin embargo, ese esfuerzo gigantesco plantea una interrogación de capital importancia: ¿Los resultados obtenidos por la educación norteamericana, corresponden al esfuerzo grandioso del país?

Es curioso que con diferencia de pocos meses una revista seria, *Fortune* se haya ocupado repetidas veces de este asunto presentando las diferentes tendencias de la filosofía pedagógica norteamericana y que substancialmente hayan estado los diversos bandos de acuerdo en la respuesta negativa. En junio de 1943 aparecía un escrito de Robert Maynard Hutchins, rector de la Universidad de Chicago, considerado como el símbolo de la tendencia tradicional humanística (Toward a durable society p. 159). En julio del 43 (p. 137), aparecía un artículo editorial "Ferment in education", refiriendo el conflicto entre las dos tendencias. Finalmente, en agosto de 1944, John Dewey, el hombre hasta este momento de mayor influencia en la escuela norteamericana, daba su dura opinión con estas palabras: "Ahora bien, es curioso lo que acontece: algunos de nosotros que radicalmente disentimos con las razones dadas para criticar nuestro actual sistema (de educación), admitimos que el presente sistema (si puede merecer tal nombre) padece tal carencia de unidad en objetivos, material y métodos que es algo así como una colección de remiendos. Convenimos que los cursos sobrecargados y congestionados exigen una simplificación. Admitimos nuestra incertidumbre respecto a saber a dónde vamos y a dónde debemos ir y por qué hacemos lo que estamos haciendo" (Challenge to liberal thought p. 155). Conocido es el dicho humorístico del poeta y educador Mark Van Doren: la frase vulgar "lo sabe un niño de

(1) Revista *Montezuma*, enero 1945, pág. 104.

escuela", en Estados Unidos no significa nada, porque el niño de escuela norteamericano no sabe nada.

Estas apreciaciones del profesor mejicano en el Seminario de Montezuma de Nueva Méjico, coinciden con las de un escritor famosísimo norteamericano Mortimer Adler, cuyo libro titulado "How to read a book", "Cómo se lee un libro", ha despertado hondas preocupaciones entre las clases cultas norteamericanas.

La preocupación mayor de Mortimer puede condensarse en estas palabras: "Hay en Norteamérica muchas personas que figuran como cultas, y, sin embargo, no saben leer críticamente, es decir, no saben pensar, y una clase directora que no sabe pensar es un peligro para el país."

He aquí el juicio formulado por Mortimer acerca del bajo nivel mental alcanzado por los estudiantes de las High Schools o Centros Medios:

"El término medio de las Escuelas Medias ha empleado gran tiempo en leer y después continuará haciéndolo en el colegio universitario, pero la realidad es que resulta un pobre incompetente lector... Es capaz de comprender una novela o algo parecido, pero que se coloque ante su vista un escrito inteligente, un argumento de cuestiones económicas o un pasaje que requiera sentido crítico, y está perdido. Se ha demostrado, por ejemplo, que el tipo medio del estudiante de las High-Schools es inepto para indicar el pensamiento central de un pasaje o el raciocinio en un argumento o en un tema. Concluye, aun dentro de un colegio universitario, por leer como un muchacho de sexto grado de la escuela primaria".

Cita Mortimer Adler en su interesantísima obra el juicio de otro notable escritor, Mursell, juicio fruto de elocuentes encuestas que debe ser meditado para no confundir el oro con el oropel, ocultos tras las brillantes palabras de una propaganda hábil y espectacular.

"El profesor Mursell, escribe: "Los niños en las escuelas y en las High Schools y en los Colegios universitarios leen, pero poca cosa: revistas de tipo medio, novelas... Está claro que la educación no produce buenos lectores. Como dice un investigador, no se ve que las escuelas desarrollen un permanente interés en la actividad de leer".

"Mursell informa también sobre la expresión del pensamiento por medio de escritos y dice que el estudiante medio no sabe expresarse con claridad, y exactitud en su lengua propia. Que la mayor parte de los alumnos de las escuelas medias no saben distinguir entre lo que es un pensamiento y lo que no lo es. Que el término medio de los estudiantes maneja un vocabulario muy pobre... Después de doce años en la escuela una gran parte de los estudiantes escribe todavía con un inglés en muchos aspectos infantil y poco desarrollado.

"El Consejo de Regentes de la Ciudad de Nueva York, hizo una encuesta sobre la perfección de sus escuelas, y he aquí los resultados: Refiriéndose a las High Schools: Muchos de los graduados en las High Schools están seriamente deficientes. Los test demuestran que al abandonar la escuela media los estudiantes no están capacitados para leer y entender bien el inglés. Los pasajes presentados a los estudiantes eran párrafos de artículos científicos sencillos, relaciones históricas y discusiones sobre problemas de economía y cosas semejantes. Estos test, se hicieron originalmente para niños del grado octavo de la escuela primaria.

"La Comisión de los Regentes de Nueva York también sacó la conclusión de que la mayor parte de las escuelas solamente leen para recreo particular-

mente novelas de tipo medio o cosa semejante en los periódicos... ¿Cuál es la causa de esta pobreza de nivel en la lectura? Que la mayor parte de los muchachos no han aprendido a leer y así no gozan leyendo libros de nivel más elevado.

"Las quejas vienen de toda clase de fuentes: los hombres de negocios que ciertamente no exigen demasiado, protestan de la incompetencia de los jóvenes que llegan después de su salida de la escuela. Lo mismo los editores de los periódicos protestan también de la mala preparación de los escritores noveles aunque éstos sean graduados de un Colegio universitario. Los profesores de inglés del primer año del Colegio universitario, también se lamentan de la mala formación que traen los estudiantes de las escuelas medias. Los profesores de otros cursos de los Colegios notan lo incoherente del inglés empleado por los estudiantes en los ejercicios de examen.

"Todo el que ha enseñado en una escuela de graduados conoce lo deficientes que vienen en la manera de escribir y hablar los bachilleres en artes de los mejores Colegios universitarios. Algunos candidatos al grado de Doctor en Filosofía cuando tienen que escribir una disertación emplean también un inglés que no merece siquiera la categoría de simple y claro. Algunos de mis compañeros en la Escuela de Leyes, frecuentemente desconocen si un estudiante sabe o no sabe leyes por la incapacidad de éste para expresar con coherencia el pensamiento."

Mortimer refleja en su libro las preocupaciones de la Universidad de Chicago, Universidad privada fundada por uno de los Rockefeller, cuyo Rector, Robert Hutchins es un apasionado de la formación general de la juventud universitaria, como propetética para el estudio de todas las carreras universitarias y comprensión del mundo moderno, en que los norteamericanos viven nacional e internacionalmente.

Dejemos la palabra al autor de "Cómo se lee un libro":

"Permítasenos ahora citar otro caso. En julio de 1939, la Universidad de Chicago organizó cuatro conferencias sobre la lectura para los maestros que habían venido a los cursos de verano. En una de las reuniones, el profesor Die Lich del Departamento de Educación consignó los resultados de las pruebas hechas en Chicago con los alumnos de las High Schools que habían venido para opositar a las becas de la Universidad. Entre otras, estos opositores fueron examinados de la manera de leer. El resultado fué, afirmó el profesor Die Lich, ante cientos de profesores reunidos que la mayor parte de aquellos estudiantes tenidos por capacitados sencillamente no entendían lo que leían...

"Y esto hay que aplicarlo en este país a los estudiantes de los Colegios universitarios y hasta la misma Inglaterra a los colegiales, verbi gracia: en la Universidad de Cambridge.

"¿Por qué no se les ayuda a los estudiantes para que se formen de otra manera? Sencillamente, porque los educadores no se dan cuenta de la realidad. Se enseña a los estudiantes con mucha frecuencia cosas que no tienen tanta importancia, y, en cambio, no se les enseña a leer, escribir y hablar bien."

El profesor Foester en su libro "Las Humanidades después de la guerra", dice:

"Con pocas excepciones los departamentos de Humanidades en la educación superior cumplen mal su misión. Una edad de ciencia y naturalismo filosófico ha dejado su impronta en ellas. Han aplicado mal los métodos

de la ciencia, adoptando, además, puntos de vista en la vida que han hecho que la mayor parte de los escritores y pensadores del mundo aparezcan como hombres de corta inteligencia para su tiempo. Perdidos en un relativismo que se acerca al nihilismo, no han sabido distinguir entre las verdades pasajeras y los valores eternos que son del pasado y del presente.

Las ideas expuestas en este capítulo acerca de la crisis educativa en Norteamérica se refieren sobre todo al desarrollo mental. No se distinguen entre centros oficiales y privados, y aun en éstos en católicos. Sin duda la formación mental es de superior categoría en los centros privados, sobre todo en los emplazados junto a la costa del Atlántico, donde la tradicional educación inglesa ha dejado huellas más hondas. Tal sucede en los Colegios universitarios de Yale, Harvard, Princeton y Amherst. Los católicos más afe-rrados a los clásicos grécolatinos y a la escolástica en general, son escuelas de formación mental más elevada como lo reconoce aun de las High Schools católicas el profesor Hougson de la Universidad de Stanford.

Nada digamos del criterio moral basado en los principios de Derecho Natural y en la Teología Moral Católica.

LATIFUNDIOS, por Mauricio Bunge.—El término "latifundio" sugiere una gran extensión de tierra de propiedad particular, mal aprovechada o hasta abandonada, o bien explotada con sumo rigor egoísta. Su subdivisión se opera automáticamente por las leyes de herencia, pero es contrarrestado por la acumulación de grandes fortunas, ya sea en manos individuales o en sociedades anónimas u otras. Los latifundios, tal como hoy existen, son entidades económicas dentro del conjunto de la economía argentina. Serán útiles o nocivos, respetables o despreciables, pero entretanto existen, forman una rueda en el mecanismo económico del país y sería aventurado destruirlos sin reemplazarlos por algo mejor. Puede, sin embargo, argumentarse que todos los latifundios en zonas agrícolas son nocivos, pues, indudablemente, 200 colonos con 100 hectáreas cada uno, interesan más al Estado que un dueño latifundista con 26.000 hectáreas en que apenas viven el dueño y su familia y unos pocos puesteros y peones.

Pero hay latifundio y latifundio. No hablamos aquí de los latifundios inmensos en los territorios del Sur. Únicamente nos interesan los latifundios en, que podrían arraigarse colonos.

A continuación se refiere Bunge a los latifundios de estancieros. Hay latifundios cuyos dueños se ocupan personalmente de su estancia consagrando mayor parte de su tiempo y esfuerzos al mejoramiento de su campo y de sus haciendas. Saben que una explotación semejante responde a consideraciones que no pueden encerrarse en 365 días. Compran, por ejemplo, un toro fino de pedigree para su plantel, destinado a su vez a producir los toros de campo, padres de los novillitos a venderse. Este toro fino deja sentir su sangre mejorada recién a los 9 años, con el aumento de los precios de los novillos vendidos. En ocho balances sucesivos, su costo elevado no aparece compensando en pesos y centavos. Sabe también que la agricultura por administración o por chacareros puede o no rendir, según como vengan los años. Pero adquiere tractores, arados, trilladoras, etc., entrega una parte de sus potreros a chacareros y reduce la cantidad de sus haciendas, porque sabe que en años futuros, la tierra se cubrirá de prados mejorados. Mantiene las mejoras en buen estado y las aumenta, de acuerdo con las necesidades de una selección y mejoramiento progresivos de sus haciendas. Pero sabe que estos grandes gastos se encontrarán compensados quién sabe cuándo.

En una palabra, trabaja intensamente para aumentar, no la cantidad de pesos y centavos de la próxima cuenta de ganancias y pérdidas, sino el valor productivo futuro de su estancia y de sus ganados. Lo primario para él es este aumento de valor. Las ricas ganancias vendrán algún día, pero vendrán fatalmente. Entretanto, se desvela por su estancia, pues "el ojo del amo engorda el ganado". Los fondos líquidos que entran no los gasta en una vida cómoda y lujosa. Los reinvierte en su estancia para seguir mejorando su campo y sus haciendas. Hasta que algún día su estancia se encuentra "saturada". Entonces, sí, resultará hombre rico.

Este latifundista se ha encariñado con su tierra. No la vende por ningún precio, pues perdería la compensación futura de tantos desvelos y sacrificios ya incorporados y que no pueden apreciarse en pesos y centavos.

Si todo esto es muy exacto y consolador, no es menos exacto y desmoralizador lo que, sobre los "latifundios de cobradores de dividendos", escribe Bunge: Hay los otros latifundios cuyos dueños son anónimos y múltiples. Estos latifundios son explotados con sumo rigor egoísta. El cálculo anual, según pesos y centavos, llamado "balance y cuenta de ganancias y pérdidas", es el dictador para todas las decisiones. Los dueños no son más cobradores de dividendos. Se opondrán con mayor vehemencia al establecimiento, dentro de su campo de labradores, de granjeros, para arraigarlos en el terruño que trabajan. ¿Cómo admitirían en sus negocios semejantes fines "idealistas"? Según ellos su campo no es más que un negocio cualquiera, y en negocios no se admite sino la ley de dividendos anuales. Ninguno de los dueños tiene, ni obligación, ni posibilidad de ocuparse personalmente de la estancia. La estancia queda enteramente en manos del mayordomo. No hay ojo del amo para engordar el ganado. Sin embargo, existen del mayordomo el mayor esfuerzo y sacrificio por la retribución más baja posible. Esta oposición diametral de intereses se trata de amortiguarla mediante un porcentaje en los beneficios (según balance anual) acordado al mayordomo. Es la peor solución. Con ello la ley de dividendos anuales es soberana. Esta ley, entonces, atrofía cualquier estancia de cobradores de dividendos. Todos los gastos se reducen a un mínimo y más allá, por ser pesos y centavos restados al próximo dividendo, también aquellos de fiscalización de haciendas, de conservación de las mejoras, de fiscalización del personal. El mayordomo es aplaudido en la asamblea general por haber reducido los gastos y con ello el personal... de argentinos arraigados en el campo. Es cierto que las tranqueras están rotas, los alambrados, por el suelo, los bebederos, en medio de charcos pantanosos. Los toros se pasean en todo el campo, la clasificación de las vacas es un enigma, la fiscalización de los rodeos una ilusión, la marcación de los terneros alcanza a un 50 por ciento escaso, calculado sobre los vientres, la caballería dispersa dentro y fuera del campo, a la disposición de quien quiera aprovecharla. Aparece toda la secuela de desorden, de abandono y de pérdidas "inexplicables", siempre en nombre de la santa economía de pesos y centavos para el próximo balance anual. Pronto tal latifundio en estado avanzado de descomposición es suelo fértil tan sólo para todas las vivezas camperas; engaños y connivencias, robos y excusas, del personal de la estancia, de los vecinos y de los ajenos.

El campo, las mejoras y las haciendas son tratados "como bienes difuntos". Y la estancia, tambalea al primer soplo de un impuesto cobrado para castigar el latifundio carcomido de cobradores y dividendos. ¿Qué importa, ya que los dividendos eran altos? ¿Qué importa que eran altos porque los precios de las haciendas habían subido? Entretanto, la estancia se ha resen-

tido. El mayordomo le ha sacado el jugo, aplaudido por los *accionistas de dividendos*, de patronos. Cuando la estancia está desorganizada, se retira, dejando los rodeos y mejoras destrozadas y el campo lleno de malezas. ¿Qué importa? Sus participaciones en las pseudoganancias anuales habrán sido elevadas. Y a los cobradores de dividendo no les interesan tampoco estos detalles. El valor mercantil del campo ha subido, aunque por razones completamente ajenas a su actuación. Los venden a precio alto, refregándose las manos de contento.

Hay todavía mayordomos honestos y abnegados que quieren trabajar para el futuro mejoramiento de la producción, aunque entretanto su participación anual sea menor. No mercantilizan con los cobradores de dividendos no duran...

Este es un latifundio nocivo, indisculpable. Los dueños reducen el valor de la producción previendo que pueden cobrar dividendos. Reducen asimismo el número de la población rural y deprimen la moral de los que trabajan bajo sus órdenes.

Entre las estancias en manos de un dueño consciente y trabajador, encañado y arraigado —por una parte— y el latifundio carcomido de cobradores, por supuesto, todas las variaciones caben entre tales extremos. Pero los latifundios de cobradores de dividendos, tarde o temprano, llegan al derrumbe por vía de la mala economía. La existencia de un latifundio cualquiera, en zona apta para la agricultura, no tiene justificación, a menos que pertenezca a una sola persona, y aun esto a condición que el dueño se dedique personalmente a su estancia, con o sin la ayuda de un técnico. A pesar de todo, sigue siendo latifundista, hasta cierto punto útil. No así el latifundio perteneciente a "cobradores de dividendos". Aunque dentro de los límites de aquel latifundio un número de agricultores no encontraría mejores condiciones de vida que los demás, a pesar de que aquéllos se arraigan tan poco como éstos, siempre harían trabajo algo más útil para la nación que los "cobradores de dividendos". — *El Pueblo*, Buenos Aires, Mayo 29 de 1947.

EL COMUNISMO EN AMERICA, por Vicente Andrade V. S. J. — El renombrado periodista norteamericano W. H. Lawrence acaba de publicar una serie de artículos sobre la situación actual e influjo del comunismo en el continente americano que han causado profunda sensación.

Varias de las observaciones que hace el acusioso observador que visitó personalmente todo el continente, coinciden con las que desde hace tiempo venimos formulando desde esta atalaya de los intereses sociales de la patria.

En primer lugar es evidente que hay una unidad de comando y de acción en los partidos comunistas no solo del continente sino también de todo el mundo y que esto supone el que de hecho y secretamente sino de derecho y a la luz del día está reconstituída la cuarta internacional, disuelta aparentemente durante la guerra para calmar las desconfianzas de los aliados capitalistas.

Las internacionales han sido las organizaciones creadas para darle unidad de mando y de acción a los partidos socialistas y comunistas de todo el mundo y que por una u otra causa han sido desapareciendo para reconstituirse en nueva forma.

Esa unidad de acción se manifiesta en multitud de campos: la campaña por la autonomía de las colonias para desintegrar los imperialistas capitalistas y establecer regímenes comunistas aliados de Moscú; la labor en las

naciones ocupadas por Rusia para establecer el mismo totalitarismo bolchevique en contra de los intereses y de la voluntad de la mayoría de la nación; el dificultar en todas partes la labor de los gobiernos moderados o de orden provocando desórdenes y huelgas con pretexto de la carestía de la vida y de los mercados negros etc., trabajo de agitación que están haciendo lo mismo en Francia que en el Japón y en Colombia; la campaña de odio y de desconfianza contra Estados Unidos que desarrollan con la misma actividad en China y en la América Latina; la labor de difamación contra Franco y contra todo gobierno que reprima con mano enérgica al comunismo, etc.

El comando internacional comunista sigue funcionando en Moscú y tiene por meta, según lo hizo patente Bullit, en un libro también muy sonado: *The Great Globe Itself* (New York, 1946) "Establecer la dictadura comunista en todo el mundo".

Durante la guerra, debido a la dificultad de comunicaciones se constituyeron varios comandos, para América, primero en Estados Unidos con Browder en la época del colaboracionismo con el capitalismo y luego en La Habana y en el Brasil con Prestes.

Pero según todas las apariencias los resultados no fueron buenos; parte por los extravíos doctrinales de Browder que no supo interpretar el legítimo pensamiento de Moscú y que por eso fué acusado y expulsado del comunismo y reemplazado por Foster y parte también por la indisciplina tropical que no se somete al látigo del Kramlin; pero no a las órdenes de Prestes del Brasil o de Marinello y Roca de Cuba.

Oumansky en Méjico tenía la misión de servir de centro de acción; pero desapareció en buena hora.

Por esa razón urgía la reconstitución del Komintern o internacional comunista y le sirvió de pantalla para realizarla el congreso constitutivo de la federación mundial sindical, tenido en París al terminar la guerra. Por este motivo también Jacque Duclos quedó ligado a la dirección ideológica del comunismo americano y además había sido el acusador de Browder. Actualmente según Lawrence funcionan dos agencias americanas del comando internacional: una en La Habana y otra en Buenos Aires.

Esta última es de muy reciente fundación y todavía no se ha hecho sentir; pero sin duda alguna que el juego político de Perón al llevar la embajada rusa a Argentina para robustecerse contra la incomprensión yanqui, va a serle muy oportuno.

La CTAL o confederación latino americana de trabajadores se fundó por instrucciones de Komintern para asegurar el predominio comunista en las organizaciones sindicales y por medio de ella o anteriormente por influjo directo del Komintern se formaron las confederaciones de trabajadores de varios países y ese es el origen de nuestra C.T.C.

Con esto entramos en la segunda observación que se refiere al medio principal de penetración que ha empleado el comunismo en América como en todo el mundo y seguirá aplicando incesantemente.

Las instrucciones del Komintern hablan desde hace mucho tiempo de necesidad de infiltrarse en los sindicatos y de apoderarse del comando sindical en cada país.

Las fuerzas obreras organizadas son un temible instrumento al servicio de la revoución y de la dictadura. Así lo comprendió Lenin desde el principio de la revolución rusa y así han procurado practicarlo en todas partes.

Esa penetración la han hecho aun en parte de sindicatos tan tradicionalistas y estrictamente profesionales como los de Inglaterra según tuvimos ocasión de hacerlo notar recientemente.

En la América Latina esa penetración en las pocas fuerzas obreras organizadas en sindicatos ha sido muy eficaz, si no en la masa de los trabajadores que en su mayoría es anti-comunista, sí en los elementos dirigentes y que llevan la representación de los trabajadores a los congresos.

La CTAL ha sido de hecho una agencia de Moscú y su dirigente máximo Vicente Lombardo Toledano, ha sido un lacayo servil del imperialismo soviético contra los intereses americanistas y un asalariado de la internacional comunista.

Por fortuna su estrella ya palideció y como todos los oportunistas hizo traición hasta a los mismos comunistas y acabó por ser rechazado por unos y otros.

Pero la dirección efectiva de la mayoría de las confederaciones de trabajadores, entre ellas la C.G.T. está en manos de los comunistas.

Los elementos anti-comunistas, más por intereses electores y personalistas que por sólidas convicciones, organizaron en el congreso de Medellín del año pasado, unidos a algunos elementos honrados una ofensiva para arrebatarse el comando a los comunistas; pero estos habían previsto el ataque y el resultado fué la escisión de la directiva. Los comunistas no se desaniman jamás y saben que los intereses de "roscas" son más fuertes que todo y obtuvieron un arreglo por arriba en que las secretarías de finanzas, organización y agitación quedaron en sus manos.

La unidad por la base no se ha hecho sin embargo y en el seno de los sindicatos hay varios grupos en conflicto, entre los cuales no falta por fortuna el grupo honrado y serio.

Y la directiva de la C.G.T. ha perdido toda autoridad entre las masas obreras y ha venido a quedar convertida como las roscas de dirigentes políticos en grupos odiosos que al fin terminan por caer estrepitosamente.

No sucede desafortunadamente lo mismo en los otros países de América y en algunos como Cuba es total el dominio comunista.

En Estados Unidos han cobrado influjo en varios de los sindicatos del C.I.O.; pero no en la directiva general y su acción dentro de la *American Federation of Labor* es casi nula.

Lo más urgente por consiguiente para contener la invasión comunista, es dedicarle toda la atención a las organizaciones sindicales y tratar de orientarlas rectamente y de darles buenos jefes para que no se vuelvan satélites de Moscú.

Una tercera observación que reafirman los estudios de Lawrence es la que tantas veces hemos expuesto: la miseria es el terreno mejor abonado para el comunismo y en la América Latina y en nuestro país hay mucha miseria entre los trabajadores.

Según Lawrence: "la falla básica de la economía latinoamericana es que los beneficios de la empresa capitalista se concentran en muy pocas personas y que las grandes masas de población viven en la miseria y en la ignorancia. En su mayor parte es una economía de bajos salarios y de grandes dividendos".

Dado lo escaso de la gran industria es evidente que sus beneficios se limitan a un pequeño número de personas y por eso aunque esos dividendos no tengan las proporciones fantásticas que tienen los del capitalismo yanqui, sin embargo se hace más notoria la desigualdad.

Lo álgido del problema lo constituye el bajo nivel económico de las clases trabajadoras.

No solo a consecuencia de los bajos salarios, que en general los que paga la industria capitalista son los mejores, sino como resultado de la escasa productividad económica de la tierra, de la pequeña industria, etc.

La única manera efectiva de cerrarle el paso a la agitación social que capitaliza en su favor el comunismo es la de mejorar las condiciones de vida de clases trabajadoras, tanto en la ciudad como en el campo.

Principalmente en la agricultura y el artesanato, las dos fuerzas más grandes del país, que han estado olvidadas porque no representan elementos de lucha en la política.

Hagamos propietarios a los campesinos, enseñémosles a tecnificar la agricultura para que les dé un mejor rendimiento; tratemos de hacer que el artesano y el obrero tengan casa propia y trabajo bien remunerado y añadamos a eso la educación moral sobre la base religiosa tan sólidamente anclada en nuestros trabajadores y habremos dado la solución cristiana a los problemas sociales que de otra manera son el campo propicio para la revolución mundial. — *Revista Javeriana*, Bogotá, marzo de 1947.

LA VIRIL CASTIDAD, por Alfonso Junco. — A sabiendas. Ya sé que suena a absurdo, en esta hora, mientras nos zambullimos en el fango como en una piscina, hablar de castidad. Y por eso hay que hablar, franca, directa, varonilmente.

¡La viril castidad! Virtud de hombres, así. No de cobardes, no de apocados, no de enfermizos, no de rutinarios: virtud de hombres, que comprenden cuán cargada de experimentadísimo saber está aquella ecuación del victorioso mariscal Foch: "Victoria: igual a: Voluntad".

Pero para poner el peso todo de la voluntad en esta batalla y traducir la guerra en victoria, es forzoso ganar primero el entendimiento. Deshacer prejuicios lanzados por la pereza, la concupiscencia, el interés vergonzante: "La castidad es antinatural; la castidad es imposible". Hay que barrer, con chorros de luz, toda esta sombra de conspiración, y seguros de que la pureza es un ideal no sólo hermoso, sino racional, salúfero, vigorizante, trocado en práctica por muchas almas limpias, entrar de lleno en la pelea, y aplicar a la salvaguarda y conquista de la pureza, todo el brío, toda la sagacidad, todo el tesón, toda la alegría.

Siempre he creído que la fe es una castidad. Y creo también que la castidad es una fe. Sin fe en ella, sin la certidumbre y el ímpetu propios de la fe, la castidad será ilusoria o precaria. Hay que enraizar esta certeza, y luego, echarla a florecer en actos.

Exigimos pureza en la mujer. No estamos todavía tan arruinados como para aceptar en la hermana, en la novia, en la esposa, en la hija, el deshonor. Y si somos, con plena justicia, exigentes, y no pensamos que en la mujer sea antinatural, ni nociva, ni imposible la pureza, ¿por qué ha de serlo en el hombre? Del mismo barro estamos hechos y nuestros organismos son recíprocos. Ruge, ciertamente más bronco el huracán en el hombre y exige más brava resistencia. Ciertamente la caída de la mujer tiene repercusiones mucho más subversivas y dramáticas en el hogar y en la sociedad. Pero la moral es una para todos; el decálogo rige para mujeres y varones por igual, y aun acude con particular reiteración, en el noveno mandato, allí donde es más frecuente la quiebra masculina.

Para el cristiano, la norma es firme y diáfana. Continencia absoluta en el célibe; fidelidad perfecta en el casado. Y, dentro del matrimonio, nada que fruste el designio de la naturaleza: la vida que puede venir.

Norma austera y sagrada. Norma de salud y pujanza en lo personal y en lo social. Norma que defiende precisamente los fueros y propósitos de la naturaleza, vivificándolos y enriqueciéndolos de savia sobrenatural.

Fisiológicamente, la dualidad de sexos se encamina a la perpetuación de la especie. Esta es su razón directa, patente, indubitable. Los animales, que no pueden alcanzar las cumbres humanas, pero tampoco sus abyectas degeneraciones, aquí nos dan lección, obedeciendo la ley natural.

Toda acción que burle el fecundo propósito de la naturaleza, va contra la naturaleza. Y, para el hombre, la perpetuación de la especie sólo es digna, legítima, cumplidora de su sentido no únicamente animal sino moral, en la santidad del matrimonio.

Porque el vástago humano necesita, aparte el cuidado físico — mayor y más prolongado que en las especies inferiores —, el desarrollo intelectual, la formación del carácter, el apercibimiento del espíritu, la educación, que de manera natural también pide y requiere la acción conjunta del padre y de la madre — fuerza y dulzura, sostén exterior y delicadeza íntima —, abrazados por firme vínculo en la unidad del hogar. Por eso es la orfandad una de las desgracias más hondas, y contra ella hay que elevar asilos e instituciones que remedien y traten de suplir el hogar insustituible. Pero ¿hay cosa más anti-natural, más viciosa, más enemiga de lo que exigen la razón y el bien, que dejar al hijo huérfanos en vida de los padres, o porque ellos se aparten para nuevas uniones, o porque los lleve la concupiscencia a regar de sus primarias obligaciones paternas?

Quiere, pues, la pureza, que se respeten las normas de nuestra naturaleza fisiológica y de nuestra naturaleza racional.

¿Lo que acata las leyes naturales, será nocivo a la salud?

La razón, la experiencia, la ciencia, claman que no.

Es, en cambio, patente el estrago que en la salud consuman los descarríos sexuales. Agotamientos prematuros, desajustes nerviosos, enfermedades inmunadas, lacras hereditarias. Con más frecuencia de lo que se supone, hospedaje en el manicomio. Tremendo es el porcentaje de los que paran allí a consecuencia próxima o remota de estas vergüenzas. ¿Y no sabe a estólido sarcasmo, que se invoque la salud para defender tal catástrofe de la salud?

Pero, sin llegar al extremo, ¿no nos consta, por experiencias cotidianas, que la continencia es parte esencial en el buen entrenamiento del pugilista, del torero, del atleta, del deportista? ¿Qué quiere esto decir sino que la incontinencia es enemiga del vigor, y la continencia su aliada?

¿No sabemos — otro dato a la vista — cómo el hombre suele imponer forzada abstención a animales que intenta precisamente llevar — y lleva — a un máximo de desarrollo y crecimiento?

Es que el licor de la vida no tiene por único objeto comunicarla, sino también fortalecerla y aumentarla en el organismo propio. Si la actividad exterior se limita por la sociedad o se suprime por la abstención, aquella vital substancia se aprovecha en lo personal, e "intensifica nuestras actividades fisiológicas, mentales y espirituales". Son palabras del insigne doctor Alexis Carrel, en su reciente, y famosísimo libro "La incógnita del Hombre" cap. III, párrafo 9. Y esta y otras verdades convergentes, son sabidas y proclamadas por todos los positivamente serios hombres de ciencia, cuyos testimonios, sería fácil tarea entretejer.

¿A qué se debe el hecho, notorio hoy día como a lo largo de muchos siglos, del nervio físico y mental, de la longevidad fecunda tan frecuente en monjes y religiosos, sino a una vida sobria y ordenada que tiene por primordial cimiento la castidad?

Y huelga decir que lo que va de acuerdo con las leyes de la naturaleza, que lo que favorece y vigoriza la salud, no es ni podría ser imposible.

Difícil, sí. Difícil como todo lo excelso. Como todo lo que en el hombre intenta domeñar el apetito e imponer el señorío de la razón.

Difícil aquí, singularmente, por lo imperativo de la propensión que tiende al desbocamiento; difícil, por la errónea mentalidad que en esto prevalece y actúa con fuerza de atmósfera social; difícil, finalmente, porque en torno nuestro todo conspira —hipócrita o descaradamente— contra la pureza, en vez de tender a preservarla, fortalecerla y educarla.

Nos incumbe, por tanto, enderezar nuestro juicio, robustecer nuestro propósito, y trabajar después, en lo personal y en lo social, en el orden de las ideas y en el orden de las costumbres, por todo lo que respete, salvguarde, corrobore, estimule la pureza.

Claro que si el pensamiento se ensucia a la continua, si los ojos van tras la imagen provocadora y el espectáculo lascivo, si conversaciones y lecturas mueven la imaginación y familiarizan en la torpeza, si los bailes suscitan y exacerban inclinaciones inconfesables, si en todo y por todo la sensualidad reina y se cultiva y desboca, nadie podrá súbitamente pararse a la mitad del resbaladero. El que no quiere caer, no se entrega a la pendiente. Quien se arroja a la catarata que se despeña, no podrá remontarla.

Pero quien pone los medios, logra el fin. Quien vigila sus sentidos, quien aparta lo que mancha y perturba, quien selecciona y orienta sus pláticas, lecturas, amistades, actividades hacia la generosidad y la limpieza; quien llena su vida de ocupaciones y aspiraciones superiores —letras, arte, ciencia, apostolado—; quien emprende en suma, la educación de la castidad, vencen su empeño.

La pureza es perfectamente posible. La pureza es un hecho, pero un hecho glorioso que requiere hombría. No en balde nuestro egregio castellano la llama en su plenitud "entereza".

Decretar imposible lo que no se tiene la virilidad de acometer, es subterfugio de cobardes. Imposibles parecen las proezas de fuerza y agilidad en los atletas. Pero el triunfo que presenciamos es la coronación de un esforzado, tesonero, severísimo entrenamiento. Sin éste, el atletismo es imposible. Y la castidad es atletismo espiritual.

En conclusión: virtud perfectamente natural, perfectamente salutífera, perfectamente posible, es la pureza.

Fuentes de bienestar y podería en el organismo personal y en el organismo social, hay que buscarla y defenderla con ímpetu viril, con ágil talento, con alegre fe.

El derrotismo es aquí, como en todo, causa de abajamiento y postración. Quien ha luchado bravamente, sabe que el triunfo es tan alcanzable como hermoso. Sabe que la victoria de hoy prepara y facilita la victoria de mañana. Y que esa sucesión de victorias, vuelta costumbre y ley, tonifica el espíritu y el cuerpo, y da a la totalidad del hombre —como a la totalidad colectiva—, pujanza, elevación y plenitud. — *Orientación*, Méjico, julio de 1946.

UN JESUITA EN LAS FABRICAS, por Pierre Puységur, S. J. — Este Padre ha trabajado, por segunda vez, durante los meses de Agosto y Septiem-

bre de 1946, como simple obrero en diversas fábricas. Sus compañeros ignoraban el carácter sacerdotal del Jesuita y aun sus opiniones religiosas. Era una manera de conocer ese ambiente. Sus impresiones y juicios son nada halagadores: "el contacto con el medio ha sido relativamente fácil. La camaradería salta pronto. Sin embargo un mes de estadía no permite estrechar lazos de amistad profunda, que podría ser fecunda. La intimidad con compañeros de un mes necesariamente ha de ser superficial.

A pesar de todo, ellos se muestran contentos de volverme a ver, de charlar conmigo. "A veces tomamos un aperitivo". Un militante comunista a quien yo había conocido el año pasado, me envió el 1º de mayo una buena carta con dos ramos de flores.

No obstante, es preciso confesarlo: este año la impresión general de estas semanas en plena masa ha sido muy dolorosa. Yo nunca he sentido tan vivamente y mirado las cosas por dentro, cuán grande es la fosa que separa de nosotros a la clase obrera.

El mundo obrero es un mundo pagano y que ahora se está construyendo, organizando aparentemente al margen del cristianismo. Sus condiciones de vida realmente no están hechas para que pueda desarrollarse normalmente en ella el reino de Dios.

En esta vida el hombre es un simple instrumento al servicio del lucro.

La fábrica es un inmenso cuartel industrial.

El cansancio oprime de tal manera el cuerpo que mata poco a poco toda posibilidad de perfeccionamiento interior: intelectual o espiritual. Diez horas cada día de pie para una labor casi únicamente muscular. Si uno se sienta, inmediatamente es notado: "Cuidado, el capataz anda por ahí".

"La monotonía del trabajo mecanizado produce fastidio. La iniciativa, el genio creador no tiene parte alguna en este trabajo".

"No es necesario comprender". No se sabe en qué forma uno sirve al conjunto de la fábrica.

Se está esclavizado a la máquina, a los jefes de equipo y de taller. "Activos solamente con la mirada o la reprensión".

Si se paga por hora, se busca de hacer lo menos posible. "No vayas tan rápido, siempre haces bastante para lo que te pagan". Si se trabaja a trato se busca sólo la mayor cantidad de dinero.

En todos reina una constante preocupación por escaparse de esta cadena: la charla (sobre todo lo que ellos llaman el amor) y después la política y el cigarro. Hay que ver el torrente que se lanza a la calle cuando el reloj toca el fin del trabajo.

Es cierto que hay una redención posible de este trabajo: la parte tomada por el obrero en la gestión y en los beneficios de la empresa. "Ya verás cuando tomemos las fábricas por nuestra cuenta", me decía un comunista militante.

En realidad, esta participación ya sea que venga por el espíritu de los patrones o de la revolución obrera, está aún lejos de realizarse a pesar de los comités que pretenden llevarlo a cabo y de lo demás.

Una mística del trabajo podría iluminar interiormente la labor monótona y vacía. El Partido Comunista ha lanzado la manía de la producción. Fuera de una élite pequeña los demás obreros no han querido adoptarla. No trae suficientes ventajas ni siquiera con los 25 %. El Padre Dillard ha escrito dos páginas magníficas sobre la cristianización de la materia por el trabajo manual.

Trabajaba el Padre como especialista eléctrico en una labor variada y de reflexión. Traía a cuestas toda su formación religiosa. Pero yo diría sola-

mente que hay que ser heroico, aun teniendo toda la posible formación, para concebir cristianamente este trabajo de obrero manual y de máquina. Es embrutecedor, despersonalizante. Fomento el desenfreno del goce compensador el más fácil y a cualquier precio.

Los edificios de habitación son inmensos cuarteles. Se vive el uno sobre el otro en piezas yuxtapuestas y sobrepuestas como cajas de conejo. Está uno amontonado con toda estrechez. Dos cuartos o tres, a lo más, sin las suficientes comodidades. Se sabe todo lo que pasa de una pared o de una ventana a la otra. Hay que subir seis o más pisos sin ascensor. No hay jardines en donde tomar aire o hacer crecer legumbres. Justo, a veces, un patio común con olores de pozo negro.

Nada de extraño después de eso, si la masa obrera vive perpetuamente en la calle, en el café, si acude a los bailes, a los cinemas, a las fiestas populares, si busca el paraíso terrestre en los goces culinarios, en los goces sexuales sobre todo, si se pesca a todas las "distracciones", a todas las exacciones posibles, huyendo de los que deberían ser los dos polos de atracción: el trabajo y el hogar.

Viviendo en plena masa obrera uno se explica con espanto y desolación que el obrero pueda tan fácilmente llegar a ser pagano. "Panem et circenses"!

La pérdida de la fe se sigue necesariamente. Sin duda, algunos guardan todavía algunos vagos sentimientos religiosos, antiguos restos de la infancia, más o menos marcados con el cristianismo ambiente. Dios es "El Buen Padre Dios" con todo el menosprecio inconsciente que esta expresión supone. Un militante comunista me decía: "Es cierto, hay algo sobre nosotros; pero nadie puede decir qué". Para ellos, Cristo "es el primer comunista del mundo". Eso no llega muy lejos. Cuanto a los fines últimos, inútil hablar de eso.

La Iglesia está totalmente al margen de sus simpatías. Ellos no conocen de Ella más que a los católicos prácticos y a los curas, sin olvidar al episcopado, que l'Humanité les presenta periódicamente habiendo formado entre los más fervorosos colaboradores de Vichy.

Ninguno o muy poco contacto con el clero: hay de parte de algunos de ellos (¿cuánto tiempo?) un contacto ritual con la parroquia con ocasión de ciertos ritos que ellos consideran como una tradición y que son sobre todo la ocasión de reuniones gastronómicas familiares: bautizos, primeras comuniones, matrimonios, entierros... Una militante comunista estaba furiosa porque el cura de su parroquia le había negado el entierro en la iglesia de su criatura de algunos meses que, voluntariamente, ella no había querido bautizar. "Ha sido necesario enterrarla como un perro".

Naturalmente, ellos no practican. Los parroquianos del domingo les hacen la impresión de una pobre humanidad retardada, que va a buscar a la misa una especie de satisfacción a su inquietud, sin poner más bien en su lugar la voluntad de tomar parte en la batalla del mundo, para poner su solución.

Los curas, ellos, ejercen un oficio como cualquier otro, sin creer en éso profundamente. Existen las historias de los curas. "Ellos no son de piedra". Para ellos el ideal del cura, es el cura "alegre" o bonachón. Todos, más o menos, tienen uno de éstos en sus recuerdos.

Sin embargo quedan en ellos enormes posibilidades de darse. La solidaridad no es una palabra vana en la clase obrera, aunque está restringida frecuentemente a un círculo de "compañeros". Ellos aman a los niños que les llegan, queridos o no, aunque los hagan verdaderos dioses insoportables. "Mi nena, para mí, es sagrada", me decía una militante comunista, propagandista encarnizada de la unión libre y de los medios anti-concepcionales.

Sobre todo ha anclado en lo más profundo de sus almas, su instinto de clase y un llamada en ella, hacia la liberación, la salud. Este instinto está desviado, es cierto, ellos buscan una liberación, una salud temporal e ignoran que ese llamado podría ser la señal de una liberación espiritual, todo esto es verdad, pero ahí es precisamente donde nosotros podríamos afirmarnos, hacer pie.

Ese instinto se manifiesta a menudo por el entusiasmo por su partido. Partidos obreros: socialista, comunista, VI Internacional, ellos creen en esta buena nueva y se entregan a ella: sobre todo la élite de militantes (éstos, han dado hasta su vida bajo la ocupación) y su convicción tiende a arrastrar la masa, a hacerla consciente de sí misma, de su unidad, de su fuerza, si ella realmente lo quiere...

El Partido Comunista especialmente, es considerado por la mayoría como el gran libertador de la clase obrera. Es "su partido", "el partido del pueblo"...

¿Qué diario de París puede reunir actualmente 800.000 personas como lo ha hecho l'Humanité el 1º de septiembre?...

Uno se pregunta, ¿dónde está Cristo en todo esto?

"La Iglesia ha perdido la clase obrera" ha dicho Pío XI. Viviendo con el pueblo parisiense, uno llega a dudar que en los tiempos modernos, la haya tenido alguna vez.

El comunismo, éste es el Evangelio moderno, una nueva visión del mundo, un mesianismo temporal. Las masas le dan su adhesión, por así decirlo, religiosa. — *Compagnie*, París, octubre de 1946.

CLAUDEL, EL POETA CATOLICO. — Pablo Luis Carlos María Claudel, el más extraordinario poeta francés contemporáneo, y uno de los mayores del mundo en todas las épocas, nació el 6 de agosto de 1868 en Villeneuve-sur-Fère, en Tardenoir pequeña aldea de 300 habitantes del Departamento de L'Aisne.

Hijo de un modesto funcionario, conservador de hipotecas, vivió una juventud agitada y sin brújula, hasta su conversión al catolicismo en 1882, evolución espiritual que ha descrito en breves y maravillosas páginas. Desde entonces, su producción poética ha sido constante y honda. Amigo de Mallarmé, discípulo en escultura de Rodín, ha realizado la gran tarea de tratar los temas eternos con una robustez sin par en la poesía contemporánea utilizando a la vez todos los progresos verbales modernos.

Su poesía —que exige la lectura atenta la relectura y la meditación para ser gustada— contiene reminiscencias coninuas de la Sagrada Escritura y del Breviario, sus fuentes permanentes de inspiración. Pero a la vez enfoca todo lo humano; los temas más familiares y cercanos o nosotros, introduciendo alusiones domésticas, por así decir, entre las imágenes más elevadas. Es que "la poesía verdaderamente católica —ha escrito el mismo Claudel—, es decir, universal, "manifiesta que el hombre tal como salió de las manos de su autor, es bueno, (el Génesis, dice, incluso muy bueno), que ninguna de sus facultades, y la imaginación y la sensibilidad no en mayor o en menor medida que las otras, no es mala en sí mismo. Lo que es malo es la perturbación y el des-arreglo, que a consecuencia del pecado original se han introducido en esas facultades. El herético es siempre el hombre que menoscaba la integridad de la naturaleza humana, que ora niega la libertad, y ora la gracia, ora la castidad y ora el matrimonio, ora el derecho y ora la autoridad y que siempre nos empobrece en algo".

En definitiva, Claudel es el gran poeta de nuestro tiempo. Y para quienes concebimos el Cristianismo como un aliento vital de la Humanidad que se nutre en la vida de Cristo (Mercier) y como la plenitud de la creación sobrenaturalizada, es nuestro poeta.

De él publicamos hoy en expresivo poema, característica de su modalidad, bellamente traducida por el Dr. Angel J. Battistessa que es quien en nuestro país ha difundido y explicado a Claudel con mayor autoridad, erudición y talento.

NO SE TRATA DE NOSOTROS SOLAMENTE

No se trata de nosotros solamente, se trata de Ti mismo, Dios eterno.

Nosotros que somos padres de pequeñuelos, cuando Tú dices que eres el Padre supremo.

¿Cómo quieres que te comprendamos, si no de la manera más humilde y más literal?

Y puesto que eres verdaderamente nuestro Padre, ¿cómo creer que puedes desearnos algún mal?

A nosotros que somos padres de pequeñuelos, cuando uno de ellos está enfermo o dolorido.

El pan nos parece envenenado y el vino se nos vuelve insípido.

Y si ocurre lo que ni siquiera me atrevo a decir.

Es en nosotros donde el cuerpo y el alma se separan, y somos nosotros los que sabemos qué es morir.

Y sin embargo es evidente que sólo somos su padre o su madre por azar.

Eres Tú quien por un acto particular de Tu voluntad, y para que sean siempre a Tu semejanza.

Pronunciando muy suavemente sus nombres, desde el fondo de Tu Eternidad los has suscitado sacándolos de la Nada.

Y quien no sólo eres su Padre transitorio sino que no dejas de serlo un instante.

Y la prueba de que es verdad y de que Tú también sabes lo que sabe un Padre.

Y de que eres capaz de morir Tú también y de que es asunto que conoces mejor que nadie.

Son esas manos, cuando uno desearía servirse de ellas, clavadas, y esa hiel que es preciso beber gota a gota amorosamente.

Es la cruz hacia la cual, cuando te buscamos, basta mirarte para tenerte!

Si Tú no fueses más que Dios, no habría manera de entenderse contigo de un modo claro.

Pero Tú has pasado también por esto, también Tú eres experto en lo que nosotros hemos soportado.

¡Y por cierto que, desde el punto de vista de la Eternidad, bien poca cosa son nuestros males presentes.

Pero hartos ves, que aún así, tal como son, Señor, ya nos parecen suficientes!

“Mi hermano no hubiera muerto Señor, si Tú “hubieses estado junto a él”, alguien que te es grato dice con voz solemne.

¡Ten piedad de esos ojos casi extintos que te buscan y no pueden verte!

¿Esos hijos que te has creado, Señor, acaso no te pertenecen?

¡Y si es verdad que cuando ellos sufren nos igualamos fraternalmente a quienes amamos y preferimos.

Ten piedad de nosotros, Señor, a causa de Tí mismo.

De Antorcha, Buenos Aires, enero-febrero 1947.